



La misión de anunciar el Evangelio

Queridas hermanas:

Este tiempo de espera de la venida del Espíritu Santo junto con María nos prepara para el inicio de la misión confiada por Cristo resucitado a los discípulos. Jesús prometió enviar la fuerza del Espíritu Santo, necesaria para alimentar y hacer crecer las semillas de la Buena Nueva que Él mismo había sembrado.

Con la ayuda del Espíritu Santo, los discípulos, llamados por Jesús, fueron por todo el mundo a anunciar lo que habían visto, oído y experimentado viviendo con Él. El Espíritu Santo concede diversos carismas dentro de la Iglesia, para que podamos cumplir la misión que el Señor nos ha confiado. También nuestros fundadores participaron en la misión del Señor a través de los dones recibidos del Espíritu Santo, y nosotras tenemos la responsabilidad de seguir desarrollando el carisma que hemos heredado de ellos, haciendo de nuestra vida un anuncio vivo del Evangelio.

Desde su juventud, la Beata María de la Concepción se preparó para plantar y hacer germinar la semilla del “Querido Proyecto” que guardaba en su corazón, a través de la oración, la reflexión y el discernimiento. Se acerca el día de la fundación de nuestra Congregación, el día en que comenzó un nuevo camino bajo la protección del Espíritu Santo. Este día, que hoy acogemos con renovado entusiasmo, no es solo una ocasión para conmemorar un acontecimiento pasado, sino también un momento para reflexionar juntas sobre cómo nosotras, habiendo heredado las semillas cultivadas por las Hermanas que nos precedieron, podemos hoy nutrirlas, hacerlas crecer y transmitir las a las que vendrán después de nosotros. De este modo podremos vivir fielmente el carisma y la misión recibidos de nuestros fundadores, al servicio de la Iglesia y del mundo.

Anunciamos la alegría del Evangelio

La Iglesia está llamada a anunciar a Jesucristo, venido al mundo para revelar «la salvación de la humanidad y el Reino de Dios», y a continuar su misión. «En realidad, su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado». (Evangelii Gaudium n.11) La Iglesia, pueblo de Dios y signo de salvación en el mundo, anuncia al Dios Trino y, al mismo tiempo, coopera en la misión de Jesucristo. «Esta salvación, que realiza Dios y anuncia gozosamente la Iglesia, es para todos, y Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos. Ha elegido convocarlos como pueblo y no como seres aislados». (Evangelii Gaudium n.113)

Después de haber cumplido en el mundo la voluntad del Padre, el Señor confió a sus discípulos la misión de continuar su obra de salvación, diciéndoles: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». (Mt 28,19-20)

El Señor resucitado envió al Espíritu Santo para que podamos dar testimonio y anunciar su presencia y su obra en el mundo. Él está presente y actúa a través de la Palabra del Señor y de los signos de los tiempos, inspirándonos creatividad y guiándonos en la continuación del plan de salvación de Dios. Como los discípulos de la primera comunidad cristiana, también nosotras estamos llamadas a dar alegría y esperanza a las personas mediante la Palabra del Señor y a construir, ya aquí y ahora, el Reino de Dios prometido por Jesús. En efecto, «la propuesta es el Reino de Dios (cf. Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales». (EG n.180)

Jesús mismo revela la motivación de la misión recibida del Padre cuando afirma: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». (Lc 4, 18-19) También nosotras, llamadas a participar en la misión de Cristo, estamos invitadas a vivir con fidelidad el amor de Dios mediante la escucha y la práctica de su Palabra. Esta fidelidad se manifiesta concretamente en el amor al prójimo, especialmente hacia aquellos que necesitan nuestra atención y cuidado.

El Papa Francisco nos ha dejado esta invitación: reconocer a Cristo presente en los pobres y en los marginados, en sus condiciones tanto materiales como espirituales, dejándonos también evangelizar por ellos. De hecho, «la nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia». (cfr EG n.198)

Encarnando el espíritu de la Congregación

Esta misión eclesial, arraigada en el amor de Cristo hacia los últimos, cobra vida a través de nosotras, Hijas de María Inmaculada, cuando sacamos nuestra fuerza del carisma que define nuestra identidad y nuestro fin:

«Compartiendo las alegrías y los sufrimientos de los hombres, nos esforzamos en anunciarles la Buena Nueva que nos da vida. Fieles a la intuición primitiva, aceptamos de la Iglesia cualquier misión que nos lleve a trabajar en la educación «de la fe y de las costumbres cristianas», en la «multiplicación de cristianos», en el desarrollo de comunidades vivas y en la formación de apóstoles.» (RV I.6)

Y también:

«Para vivir de este espíritu [el espíritu de María] nos aplicamos a crecer sin cesar en el espíritu de fe y de oración, en la humildad y sencillez, en el espíritu de familia y en el «celo apostólico» tan querido de nuestra Madre Fundadora». (RV I.9)

«Somos los misioneros de María», decía con gozosa convicción el Beato Guillermo José Chaminade, quien obtuvo de la Santa Sede el título de Misionero Apostólico para dedicar su vida a la misión bajo la protección y guía de María. En la misma estela, Madre Adela, durante su breve vida, estuvo animada por un profundo amor al prójimo y por un ardiente celo apostólico. Su espíritu misionero se formó en la “escuela del Corazón de Jesús” (carta 321.3), y se manifestó en una dulzura llena de compasión y en una constante apertura a las necesidades de los demás. Se dedicó con especial predilección a la formación de los pobres y de los jóvenes, buscando siempre ganar los corazones para Dios.

El ejemplo del celo apostólico de Madre Adela nos impulsa a hacer nuestra la solicitud de la Iglesia por la humanidad de hoy. El Papa Francisco nos invita a dirigir la mirada hacia quienes, aun

habiendo recibido el Bautismo, se han alejado de la fe, ya no experimentan su consuelo y viven al margen de la vida eclesial. Hacia ellos, la Iglesia está llamada a manifestar su rostro de madre solícita, ofreciendo un camino que devuelva la alegría de creer.

Junto a esto, en la *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco recuerda que:

«...la evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a *quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado*. Muchos de ellos buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro, aun en países de antigua tradición cristiana. Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”». (EG n. 14).

Madre Adela, tú que vives en nuestros corazones y sigues acompañando el camino de nuestra Congregación, renueva en nosotras el ardor misionero y el entusiasmo por la evangelización. Enséñanos a llevar a Cristo a todos con la misma pasión que animaba tu corazón:

«¡Propaguémonos para la mayor gloria de Dios! ¡Bendito sea el nombre del Señor de Oriente a Occidente! ¡Que sea conocido en todas partes, amado por todos los corazones, servido por todas sus criaturas!» (Carta 450.6)

Testigos de la fe

Todos los cristianos, miembros del Cuerpo místico de Cristo vivo, forman un solo cuerpo mediante el bautismo y, unidos unos a otros (cf. 1 Cor 12,13), tienen el deber de contribuir al crecimiento de la Iglesia (cf. Ef 4,16).

Cuando se habla de la misión de la Iglesia, no se puede dejar de mencionar el testimonio de quienes predicán el Evangelio. Sin embargo, para ser anunciadoras eficaces, primero debemos dejarnos evangelizar nosotras mismas. Como comunidad unida a la Iglesia, estamos llamadas a traducir la vida y las enseñanzas de Jesús en nuestra vida cotidiana, para que se conviertan en un testimonio creíble para los demás. «El participar efectivamente en la misión de María en la Iglesia, nos exige vivir de la fe». (RV I. 72)

De esta vivencia de fe y de la alianza con María brota nuestra espiritualidad misionera, que debe estar profundamente arraigada en la comunión interior con Jesucristo. Viviendo la estabilidad marianista, estamos llamadas a unirnos cada día más íntimamente a Él, configurándonos cada vez más con su persona. Madre Adela pedía a sus hijas vivir como verdaderas misioneras en el camino de la santificación, precisamente para cumplir la misión (cf. Carta n. 535).

La unión con Cristo y el camino de santificación generan un testimonio que nunca se vive de manera aislada, sino siempre en el seno de la comunión eclesial. En el cumplimiento de nuestra misión, estamos llamadas a colaborar con los diversos miembros de la Iglesia, con las comunidades locales y con otras congregaciones o familias religiosas, manteniendo un corazón unido y una actitud de apertura en el servicio y en el testimonio del Evangelio al mundo. Esta apertura hacia los demás se arraiga y se alimenta ante todo en nuestra vida comunitaria, como nos recuerda la Regla de Vida: «Cooperamos a la evangelización como comunidad: cada comunidad es, en efecto, una «misión permanente», que actúa y evangeliza a través de la diversidad de los dones y de las funciones de cada una. No formamos más que un mismo cuerpo unido por el Espíritu, en el que la oración, la ofrenda de los sufrimientos y el trabajo diario contribuyen a la realización de la misión común. Al llevarla a

cabo, cada una de nosotras tiene muy presente que se es apóstol más por lo que una es que por lo que hace, y que una comunidad evangeliza en la medida en que se deja ella misma evangelizar». (RV I. 66)

Este estilo de vida fraterna se vuelve atractivo, fecundo y capaz de generar futuro, acogiendo el compromiso de formar y acompañar a nuevos discípulos misioneros. La Iglesia necesita continuamente personas que colaboren en la obra que Cristo le ha confiado hasta su retorno. Por ello, estamos llamadas a acompañar a aquellos con quienes compartimos la Buena Nueva que nosotras mismas hemos experimentado, guiándolos al servicio y al compromiso en la misión (cf. Christus Vivit, n. 30; cf. RV I.73).

En este camino de acompañamiento, debe reservarse una atención particular a los jóvenes, tan queridos por la Iglesia y en el corazón de nuestra misión. «Son precisamente los jóvenes quienes pueden ayudarla a mantenerse joven, a no caer en la corrupción, a no quedarse, a no enorgullecerse, a no convertirse en secta, a ser más pobre y testimonial, a estar cerca de los últimos y descartados, a luchar por la justicia, a dejarse interpelar con humildad». (Christus Vivit n. 37) De ahí que debemos ofrecer a las nuevas generaciones las condiciones necesarias para responder a la llamada del Señor por diversos medios, para que puedan participar activamente y ser solidarias con la vida de una Iglesia que anuncia el Evangelio al mundo (cf. RV II.37).

A este mismo anuncio y dinamismo eclesial responde, desde sus orígenes, la historia de nuestra Congregación. Desde que Madre Adela sembró las primeras semillas, anunciamos la alegría del Evangelio según el espíritu de los fundadores en las diversas realidades geográficas, culturales y étnicas. Estas son las obras del Señor confiadas a sus viñadores. Estamos llamadas a custodiar, explorar y desarrollar fielmente los dones recibidos del Espíritu Santo, en la comunión eclesial, la solidaridad, la cooperación mutua y con un profundo sentido de responsabilidad. Así, el carisma debe ser continuamente reinterpretado a la luz de las exigencias del tiempo presente y de la constante renovación interior que obra el Espíritu Santo.

Para responder fielmente a los desafíos de hoy, estamos llamadas a reavivar continuamente nuestro impulso misionero: «Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre “nueva”». (EG n.11)

Este dinamismo y esta misión pertenecen a todas, en cada etapa de la vida. Cada una de nosotras participa, de un modo u otro, en la misión de la Congregación, sosteniéndonos mutuamente también en el tiempo de la vejez, del sufrimiento y de la fragilidad. Incluso cuando no podemos actuar directamente, seguimos participando en la misión a través de la oración y la ofrenda de nuestra vida al Señor.

Con confianza y espíritu filial, continuamos nuestro camino misionero bajo la guía de María. Encomendamos toda nuestra vida y nuestro futuro a la Virgen, nuestra Madre.

Con estos sentimientos en el corazón, ¡feliz fiesta de la Fundación!



Sr. Susanna Kim

Hna. Susanna Kim
Madre General